

17. Sin embargo, paz tan trabajosamente concluida, que unia las dos Iglesias de Oriente y Occidente, firmada por el emperador y los obispos y jurada por tantos preladados, no fué ratificada por la poblacion griega. A su regreso al Oriente, Marcos de Éfeso era para los Orientales un héroe, y hasta mártir, porque, solo, habia protestado á lo último contra la reunion. Metrofano, sucesor de José en la silla de Constantinopla, y que se sometió igualmente á la Iglesia, hecho blanco de insultos y ataques, murió de dolor en 1443. Juan Paleólogo era sobrado débil para contrarestar á la opinion, y quedó tres años vacante la silla de Constantinopla; por fin aceptó este cargo tan espinoso Gregorio Meliseno: combatió tambien por la union; pero el emperador murió en 1445, y Juan Paleólogo, que le sucedió, estuvo menos destinado á reinar que á asistir á los funerales del imperio. Pero los Turcos irán muy pronto á hacer expiar á los Griegos su insubordinacion y continuas rebeldías contra la autoridad de la Santa Sede. « ¿Cómo fué, dice el Ilmo. Sr. Parisis, que la paz de Florencia se turbó desde los primeros meses? y cómo fué que cuatro años despues de la celebracion del concilio volvió á levantar cabeza el cisma sobre todos los puntos que habian sido objeto de la union? Fué obra del espíritu público, del espíritu de las masas, espíritu de division fomentado por accion de los príncipes, por el silencio é inaccion de los obispos. En vano quiso el emperador ejercer su poder supremo, ante el cual todo se inclinaba por lo regular; se le acusó de haber hecho traicion á la religion y deshonorado el trono. En vano apelaron los obispos á la confianza de sus ovejas; se les trató de *azimitas*, de apóstatas. Monjes ignorantes fanatizaron las muchedumbres contra los partidarios de Roma, á tal punto que en 1444, viendo el emperador á la mayor parte de los obispos que habian firmado la union arrastrados al cisma por el torrente, se halló impotente para hacer ejecutar el tratado que habia firmado á la faz del universo. »

18. Los dos concilios de Basilea y de Florencia habian lle-

nado todo el pontificado de Eugenio IV. Murió el 23 de febrero de 1447, en el momento en que la Alemania iba á salir de la neutralidad que habia pretendido observar entre las dos obediencias y declararse por el papa legítimo. Eneas Silvio, que habia sido secretario del concilio de Basilea, fué encargado por Federico III de negociar esta reconciliacion, como embajador de Alemania. « Santo Padre, dijo al papa al presentarse, antes de exponer las órdenes del emperador, permitidme decir algo de mí mismo. He dicho, hecho y escrito en Basilea muchas cosas contrarias á vuestra autoridad. Estaba en el error, y yo participaba de la misma suerte con hombres célebres, con doctores justamente afamados. Sin embargo, no era mi intencion dañar á Vuestra Santidad, sino hacerme útil á la Iglesia. Mas tarde quedé convencido de la ilegitimidad del concilio de Basilea, y me separé de él. Con todo, no vine aun á refugiarme en los brazos de vuestra misericordia, como lo han hecho la mayor parte. Temia caer en un escollo por evitar otro. Durante tres años me he quedado en la corte del emperador, guardando esta neutralidad. Las conferencias que he tenido yo despues con vuestros legados me han ilustrado en fin y hecho ver la justicia de vuestra causa. Yo sé ahora, y creo en el fondo de mi corazon, que vos teneis á vuestro favor la justicia y la verdad: y hé aquí porqué me envia el emperador cerca de Vuestra Santidad. He pecado por ignorancia, y os suplico absolvais á un pecador arrepentido. » No sabemos si la historia ofrece retractacion mas franca y sincera, mas honrosa y magnánima. El corazon capaz de sentimientos tan generosos debia mas tarde abrazar en su seno amoroso y caritativo á todas las iglesias. No solamente Eugenio IV perdonó á Eneas Silvio, sino que se lo agregó á su persona en calidad de secretario.

§ III. PONTIFICADO DE NICOLAO V (6 de marzo de 1447-24 de marzo de 1455).

19. La muerte de Eugenio IV no interrumpió las negociaciones: su sucesor, Tomás Sargana, cardenal de Bolonia, que



tomó el nombre de Nicolao V, firmó el concordato entre la Santa Sede y la Germania, redactado por el cardenal legado Carvajal, en 1448 (1). Se hizo justicia en este concordato á todas las quejas contra las exacciones de los colectores y contra los abusos de los administradores eclesiásticos. Fueron restablecidas las elecciones episcopales segun el modo primitivo. Cada iglesia nombraba á su pastor, que debia de recibir despues la confirmacion de su autoridad por el soberano pontifice. Este concordato ha servido de base á la jurisprudencia eclesiástica de Alemania hasta 1803. Su ratificacion fué un golpe mortal para el cisma. Carlos VII, rey de Francia, habia enviado tambien su adhesion á Nicolao V. En vista de esto, el antipapa Félix, que no habia recibido sino con gran pesadumbre su dignidad, conoció que era llegado el tiempo de someterse. Hizo pues acoger su sumision por mediacion de Carlos VII, el cual arregló las condiciones en union con el papa. Este acogió con misericordiosa indulgencia las proposiciones que iban á concluir con el cisma. Amedeo, en 9 de abril de 1449, declaró renunciar al supremo pontificado; el papa le nombró cardenal de Santa Sabina, decano del sacro colegio y legado perpetuo de la corte de Roma en la Saboya. Le otorgó además el permiso de llevar las insignias pontificales, excepto el anillo del pescador, la cruz sobre las mulas y otros privilegios inherentes á la persona misma del papa. Por lo demás, Amedeo apenas si usó de ninguno de estos honores: regresó á su amada soledad de Ripaglia, donde murió muy santamente en 1451.

20. Era en extremo deplorable la situacion del imperio griego. Desde 1442 se habia predicado una cruzada por Eugenio IV con Amurato II, sultan de los Turcos. Ladislao Jagellon, príncipe valiente, justo, piadoso, adorado de sus vasallos, reu-

(1) Es honra particular de España que en el lamentable conflicto del concilio de Basilea contra el papa Eugenio, y en todo cuanto hizo de exagerado y abusivo, nuestros prelados se mostraron constantemente adictos á la causa de la Santa Sede. Ya el cardenal Torquemada, en una asamblea de Bourges, decidió á la Francia á separarse del concilio de Basilea y del antipapa. Ahora vemos otro cardenal español negociar un concordato importantísimo, cuyas consecuencias fueron inmensas.

(El Traductor.)

nió en este tiempo sobre sus sienas las coronas de Polonia y de Hungría. Fué proclamado cabeza de la guerra santa. A sus lados brillaba el famoso Juan Hunyada, su general, conocido por sus hazañas. El papa otorgó á Ladislao el denario de san Pedro para gastos de la cruzada. Una flota de cincuenta galeas, pertrechadas por Eugenio IV, y mandada por el cardenal Juliano, el mismo que presidió en su principio al concilio de Basilea, y legado apostólico, surcó hácia el Bósforo. Las falanges católicas atravesaron el Danubio y avanzaron triunfalmente hasta Santa Sofia, capital de la Bulgaria, y ganaron, en julio de 1444, dos memorables batallas contra Amurato II. Les quedaban pues descubiertos los caminos para Constantinopla. Los cruzados se adormecieron bajo los laureles de su triunfo; pero muy pronto les hizo expiar cruelmente esta inaccion el sultan. El 10 de noviembre atacó al ejército cristiano en los llanos de Varna. Hunyada carga con su impetuosidad acostumbrada el ala izquierda de los Musulmanes y los derrota. En este momento, Ladislao se precipita con su caballería sobre el centro del ejército otomano y penetra hasta la tienda misma del sultan. Se iba á trabar una lucha cuerpo é cuerpo entre los dos monarcas, cuando el rey de Hungría, cercado por numerosos Turcos, cae atravesado de mil estocadas. Esta muerte consternó á los cruzados, y los desalentó de tal modo que se desbandaron y huyeron. El cardenal Juliano vendió cara su vida, batiéndose como el mas valiente soldado. Diez mil cristianos quedaron tendidos en el campo de batalla. La victoria de Varna aseguraba á los Turcos su dominacion en las provincias de Europa que habian conquistado; les permitió atacar otras nuevas, en tanto que la pérdida de los cristianos era irreparable. Juan Paleólogo, por quien habian perecido tantos católicos, murió sin gloria, en 1449. Su hermano Constantino Dragases, cuya muerte heroica habia de honrar, al menos, la caida del Bajo Imperio, le sucedió en el trono. Parecia estar escrito que el nombre de Constantino habia de presidir á la fundacion y á la ruina del imperio de Bizancio.

21. Amurato tuvo por sucesor á Mahometo II, á quien los Tur-



cos apellidan el Magno, « sin duda, dice Fleury, porque jamás » hubo nada tan excesivo en crueldad, orgullo, avaricia, la- » trocinios, perfidia, disolucion, y sobre todo en impiedad. » Apenas subió al trono, lo primero que hizo fué mandar añadir á la oracion pública de las mezquitas: « El mejor principe será » el que hiciere la conquista de Constantinopla; el mejor ejér- » cito será el suyo. » Estas palabras eran significativas, y muy pronto fueron la contraseña de todo el ejército musulman. En 1452, seis mil operarios, dirigidos por el mismo sultan en persona, construyeron en el territorio del imperio, sobre la orilla derecha del Bósforo, una fortaleza destinada á interceptar el comercio de los Griegos en el mar Negro, y á cerrar el paso á los navíos que hubieran podido venir en socorro á la capital. Constantino Paleólogo dirigió primeramente reclamaciones moderadas al sultan acerca de la violacion de territorio. « Id á » decir á vuestro amo, respondió el Musulman á los embaja- » dores, que el sultan que reina hoy en nada se parece á sus » antecesores, y que sus deseos no iban tan lejos como hoy va » mi poderío. » La respuesta de Paleólogo fué la de un cris- » tiano y guerrero. « Pues que ni los juramentos ni los trata- » dos pueden asegurar la paz, yo cumpliré con mi deber; de- » fenderé á mi pueblo y sabré vencer ó morir con él. » Tres- » cientos mil Turcos sitiaron á Constantinopla, que solo contaba diez mil soldados de defensa. Paleólogo escribió al papa Nico- » lao V, pidiéndole proteccion en tan inminente peligro y supli- » cándole le enviase un legado que trabajase por la reunion de los cismáticos. El soberano pontífice escribió inmediatamente cartas llamando con la mayor viveza la atencion de los prínci- » pes cristianos, para que reanimasen el celo de las poblaciones por las guerras santas; mas solo respondieron á este llama- » miento los Venecianos y Genoveses, como que conocian mas que todos los demás la intensidad del mal y la inminencia del peligro. Sus relaciones comerciales les habian puesto en con- » tacto con todos los países ocupados por los Turcos; y tenian noticias geográficas de ellos mucho mas exactas que ningun » otro país europeo. Sus tropas iban pues á aumentar las fuerzas

del emperador griego y llevarle, no esperanzas de victoria, sino medios de prolongar una resistencia desesperada. Este socorro de los Latinos fué muy mal acogido por el populacho de Bizancio, porque jamás se habian acalorado tanto y encarnizado con mas animosidad las querellas religiosas y el odio de los cismáticos contra los Occidentales. Constantino Paleólogo, este héroe digno de los mas floridos siglos de la historia, este modelo del mas puro patriotismo, se vió hecho blanco de los sarcasmos de sus degenerados vasallos. « ¡ No, exclamaban » locamente los Griegos; no queremos socorros de los Lati- » nos! ¡ Afuera, afuera el culto de los azimitas! » Esta ceguera se habia propagado aun á las clases mas altas, tanto que el gran duque Notaras decia: « Yo quisiera mejor ver en Cons- » tantinopla el turbante de Mahoma que la tiara del papa. » El cardenal Isidoro, á quien habia enviado Nicolao V como legado á peticion formal de Constantino, fué cargado de injurias, sarcasmos y burlas por los cismáticos. « Cuando nos libre- » mos del brutal sultan, se verá si estamos reconciliados con » los azimitas. » Un energúmeno, llamado Escolario, recorria los barrios mas populosos encendiendo el fuego de la discordia. « ¿ Porqué abandonais vuestra fe? decia á sus compatriotas. » Perdiendo vuestra fe, perdeis vuestra ciudad. No conteis » con los Italianos. Si os sometéis á ellos, aceptais una esclavitud extranjera. »

22. Entretanto los Genoveses y Venecianos se batian como leones y eran dignos de tener por jefe á Constantino Paleólogo, que se multiplicaba para resistir á los esfuerzos de los innumerables Turcos. Catorce baterías de formidable artillería, á las órdenes del mismo Mahometo II, disparaban sus numerosos tiros contra los baluartes de Constantinopla: los sitiados respondian haciendo llover sobre los Turcos dardos, saetas y torrentes de fuego griego que abrasaba á sus batallones. El intrépido y vigilante Paleólogo animaba á sus soldados con su palabra y ejemplo; y se hallaba do quiera habia peligro. No descansaba un momento el emperador, se multiplicaba prodigiosamente, pasaba los dias en combatir y las noches en revis-



tar las reparaciones de murallas quebrantadas ó derruidas por los sitiadores. Esta heroica resistencia duró nueve meses. Mahometo II desesperaba ya del triunfo, cuando hé aquí que concibe y ejecuta uno de esos atrevidos proyectos que mudan de faz á los combates y son admiracion de la historia. Su flota estaba en las aguas del Bósforo, y los ochenta navíos que la componian no podian servirle de mucho, porque defendian por este lado á la ciudad enormes fortificaciones. Le vino pues la idea de transportar por tierra sus bajeles al Cuerno de Oro, puerto de Constantinopla que solo estaba cerrado por cadenas que podian romperse. A fuerza de brazos, la flota otomana se fué deslizando por un plano inclinado sobre tablas bañadas ó enlucidas con sebo y manteca, y se halló en la madrugada en el puerto de Bizancio. « Constantinopla será dentro de poco ó » mi trono ó mi tumba, » habia dicho antes Mahometo II. Se fijó el asalto general para el 29 de mayo de 1453. Paleólogo, comparable á los grandes héroes de la antigüedad, pasó la noche en cumplir con sus deberes de religion; luego, ausentándose del palacio de sus antepasados, que ya no habia de volver á ver, tomó sus armas, montó á caballo, reunió en el Hipódromo el puñado de valientes soldados que le restaban, y les dijo: « ¡Compañeros! este será nuestro último triunfo, ó » nuestra última hora! ¡La gloria del cielo nos espera, la patria » nos llama! Nos están contemplando los manes de nuestros » héroes! Partiré con vosotros los peligros del combate como » los frutos de la victoria. Pero si Constantinopla ha de pere- » cer, yo me sepultaré en sus ruinas! » Tal fué el testamento del último emperador griego. Los Turcos invaden la ciudad, pasan á chuchillo sus defensores. Al ver á sus soldados muertos en torno de su persona, y desesperando ya de salvar su patria, Constantino se arroja denodado contra un enjambre de enemigos, y halla la muerte batiéndose como un héroe. El heroismo de su último príncipe no habia podido salvar al Bajo Imperio del castigo merecido por la cobardía, perfidia y crueldad de tantos indignos antecesores suyos, y cayó despues de haber subsistido mil ciento veintitres años, desde el gran Constantino.

23. En menos de dos horas, fueron reducidos á la esclavitud cincuenta mil Constantinopolitanos, que fueron conducidos por toda la superficie del imperio asiático de Mahometo II. Otros Griegos mas felices pudieron precipitarse en las galeras venecianas, fondeadas en el Cuerno de Oro, que hicieron vela para Italia, trayendo con los dolores de una patria perdida preciosos manuscritos de la Grecia antigua y de los Padres de la Iglesia, nobles monumentos del humano ingenio sustraídos á las llamas.

El papa les acogió con el doble respeto debido al infortunio y al talento. Teodoro Gaza, de Tesalónica; Calkóndilo; Jorge de Trebizonda; Juan Argirópulo, de Constantinopla; Gemisto Plethon, de la misma capital, trajeron al Occidente los tesoros literarios que hubiera malversado el agreste Mahometo. Nicolao V se mostró liberal con estos proscritos de la ciencia, que pagaron tan noble hospitalidad enriqueciendo la biblioteca del Vaticano con preciosos manuscritos. Esta época de la ruina de Constantinopla fué la del renacimiento de las letras en Italia. Por una rara coincidencia, este renacimiento se manifestó en el momento mismo en que Guttemberg acababa de descubrir en Maguncia el arte maravilloso de la imprenta, que habia de perpetuar y propágar el pensamiento del hombre y abrir á la civilizacion moderna sendas hasta entonces desconocidas. Invencion brillante que iba á hacer de la palabra una palanca y un martillo. Espada de dos filos, igualmente poderosa para el bien como para el mal, que merece todo elogio por los servicios que ha prestado, y toda maldicion por los desastres que ha causado y causará aun en el mundo.

24. Mahometo II tuvo harta política para ser moderado y asegurar así el fruto de sus conquistas. Pretendió presentarse como sucesor, hasta cierto punto, de los emperadores griegos y ejercer sus derechos. Habiendo sabido que estaba vacante la silla de Constantinopla, mandó se procediese á la eleccion y dió al electo patriarca la investidura con el ceremonial y fórmula de uso. Y así, aquellos altaneros metropolitanos, pretendidos *ecuménicos*, que se habian sustraído á la autoridad tutelari-



del sucesor de san Pedro, del vicario de Jesucristo, se vieron rebajados hasta el punto de recibir el báculo pastoral de manos de un príncipe infiel y bárbaro, para ser en lo sucesivo viles juguetes suyos. La toma de Constantinopla tuvo otro resultado aun mas grave; y fué el de acabar de fundar el imperio turco y constituirlo en su formidable unidad. La guerra entre el Evangelio y el Alcoran trasladó su campo de batalla en las fronteras de los Estados cristianos y de la Turquía europea. Desde ahora la historia nos hablará constantemente de los esfuerzos de los Turcos para invadir la Europa, y los de los papas para rechazarlos ó abatirlos. Esta política durará hasta nuestros dias. El papa Nicolao V fué el primero que abrió la guerra santa, y que durante los años 1454 y 1455 trabajó en formar entre los príncipes cristianos una grande liga contra Mahometo II. En el momento en que iba á recoger el fruto de sus trabajos, murió, en 24 de marzo de 1455, despues de un reinado glorioso.

§ IV. PONTIFICADO DE CALIXTO III (8 de abril de 1455-6 de agosto de 1458).

25. El cardenal Alfonso de Borja tenia á la sazón setenta y ocho años; era natural de Valencia, en España, cuyo obispo fué. San Viente Ferrer le habia predicho el pontificado; y en efecto los votos del conclave recayeron en él, y tomó el nombre de Calixto III. Llegado á una edad en la cual todos los hombres pierden en energía, él habia conservado toda la suya. « En nombre de la santísima é indivisible Trinidad, dijo el dia de su exaltacion, yo juro perseguir con el mayor vigor á los Turcos, crueles enemigos del nombre cristiano, con todos los medios que estén á mi alcance: » y en efecto cumplió su palabra. Eneas Silvio fué enviado á todas las cortes de Europa para organizar la cruzada; y el ilustre franciscano, san Juan de Capistrano, quedó encargado de predicarla en Alemania. El emperador, los reyes de Francia, Inglaterra, Aragon, Castilla y Portugal prometieron su concurso. El duque de Borgoña, Felipe el Bueno, habia tomado la cruz y hecho

juramento de caballero de librar á Constantinopla del yugo otomano. El general entusiasmo por la santa expedicion pudo hacer concebir las mas fundadas esperanzas. Mahometo II acababa de hacer por su parte armamentos formidables. Uno de sus visires, viéndole tan afanado en tantos preparativos de guerra, le preguntó respetuosamente cuáles nuevos designios traia en manos: « Si un pelo de mi barba, respondió el sultan, pudiera saberlo, me lo arrancaria y le echaria al fuego. » El 3 de junio de 1456, un ejército otomano, fuerte de ciento y cincuenta mil hombres, puso sitio á Belgrado. El jóven rey Ladislao VI se fugó de Viena, y la Europa quedó abierta. Juan Hunyada le sirvió de baluarte. El gran capitán fué maravillosamente secundado por san Juan de Capistrano. Este célebre franciscano ya se habia ilustrado en sus predicaciones contra los Husitas de Bohemia: estaba reverenciado de los pueblos como un profeta, y Calixto III no halló mejor jefe que él para los cruzados que pasaron á Hungría. Los príncipes no habian cumplido su promesa. El fuego por la guerra santa habia sido pasajero, y tan pronto disipado como concebido; por manera que fueron inútiles todos los esfuerzos del pontífice para hacerlo revivir. Desesperanzado de levantar al Occidente, el papa quiso al menos implorar la proteccion del cielo en favor de los Húngaros. Mandó pues que todos los dias, al medio dia, se tocasen las campanas en todas las parroquias de Europa, á fin de amonestar á los fieles rogasen por los defensores de la cristiandad que combatian contra los Turcos. Se concedieron indulgencias á todos los que al toque predicho de las campanas rezasen con esta intencion el *Pater noster* y el *Ave Maria*. Tal fué el origen del *Angelus* (1), que toda la Iglesia católica ha consagrado en su uso y conservado hasta hoy. Reducido á sus propias fuerzas, Hunyada hizo prodigios de valor. San Juan Capistrano, con la cruz en la mano, se hallaba siempre en la brecha, y comunicaba á los soldados cristianos un valor sobre-

(1) Y en efecto, en España se dice toque de *Oraciones*, toque de *Ave Marías*, sin duda por las oraciones mandadas por Calixto III. (El Traductor.)